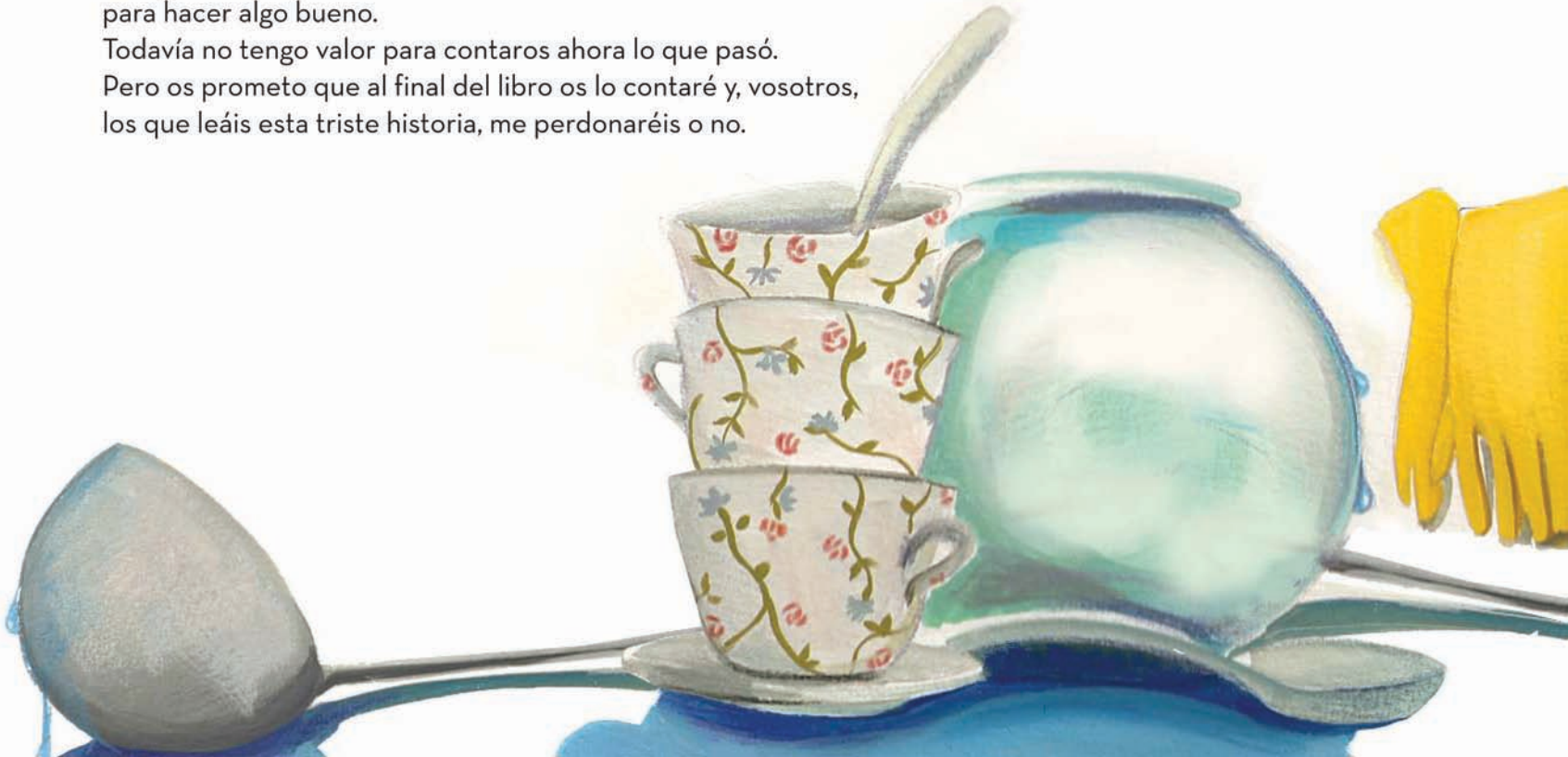


Esa mujer que mató a los peces por desgracia soy yo.
Pero os juro que fue sin querer. ¡Tenía que pasarme a mí! ¡A mí, que no tengo valor para matar nada vivo!
Hasta dejo de matar alguna cucaracha que otra.
Os doy mi palabra de honor de que soy persona de confianza y de que mi corazón es bueno: nunca dejo que un niño o un animal sufran junto a mí.
Pero maté a dos pececitos colorados de esos que no hacen mal a nadie y que no son ambiciosos: lo único que quieren precisamente es vivir.
Las personas también quieren vivir, pero afortunadamente también quieren aprovechar la vida para hacer algo bueno.
Todavía no tengo valor para contaros ahora lo que pasó.
Pero os prometo que al final del libro os lo contaré y, vosotros, los que leáis esta triste historia, me perdonaréis o no.



Os preguntaráis ¿por qué solo al final del libro?
Y yo os contesto: —Porque al principio y en el medio os contaré algunas historias de animales que he tenido, tan solo para que veáis que únicamente he podido matar a los peces sin querer.
Tengo la esperanza de que al final del libro ya me conozcáis mejor y me deis el perdón que os pido por la muerte de los dos “coloraditos”, en casa los llamábamos “coloraditos”. Os contaré antes unas cosas muy importantes para que no os pongáis tristes con mi crimen. Si tuviese la culpa os lo diría, porque yo no miento ni a las niñas ni a los niños.
Solo miento a algunas personas mayores porque es la única manera de tratar con ellas.
¡A veces los mayores son tan aburridos! ¿No os parece? No entienden el alma de los niños. Las niñas y los niños nunca son aburridos.
Por ahora solo puedo decir que los peces se murieron de hambre porque se me olvidó darles de comer. Después os lo contaré, pero en secreto, solo lo sabremos vosotros y yo.
Espero que al final del libro podáis perdonarme.

